

Acuerdo de fecha 7 de los corrientes, hizo al señor colegial doctor José Antonio Montalvo, para regentar la cátedra de Derecho Penal y Pruebas Judiciales, vacante por la muerte del doctor Elías Romero.

Comuníquese y públíquese.

Dado en Bogotá, a 15 de marzo de 1923.

PEDRO NEL OSPINA

El Ministro de Instrucción Pública,

ALBERTO PORTOCARRERO.

REFLEXIONES SOBRE EL CENTENARIO DE PASTEUR

(Traducción de Manuel Antonio Botero)

(Conclusión)

III

Me siento agobiado acerca de este primer período, que fue, podría decirse, la campaña de Italia del gran químico. Los demás se suceden sin interrupción con idéntico entusiasmo en la tarea: el estudio de los fermentos, y la lucha contra los partidarios de la generación espontánea; el estudio sobre la enfermedad de los gusanos de seda y sobre la del vino; el estudio del cólera en las gallinas, y la enfermedad del carbunco, para acabar por el descubrimiento más célebre, de la vacuna contra la rabia. Lo más notable de este trabajo continuo es aquella aceptación tan admirablemente modesta de las circunstancias. Toda una provincia francesa se ve amenazada por la enfermedad de los gusanos de seda: llaman a Pasteur, acude y busca la causa y el remedio. Una epidemia, el mal rojo, destruye la raza.

porcina: un veterinario del Vaucluse pide auxilio a Pasteur; toma éste el tren y llega a Bollene a estudiar el mal. Estando en Copiegne, en una tertulia de gala, se hace conducir a las bodegas por el bodeguero en jefe, para descubrir allí vinos alterados y continuar sus investigaciones sobre las fermentaciones alcohólicas, y a través de estas labores, que parecen tan despreciables, la poderosa concepción que va a renovar completamente toda la medicina se elabora en él; la de los microbios, aplicación a la patología de una teoría más amplia: la de los gérmenes. Hé aquí la obra realizada en medio del oficio. Hay una medicina y una cirugía antes de Pasteur, y otra después de Pasteur. No es solamente el trabajo lo que él representa en toda su nobleza y su fecundidad, es también la ciencia, pero con un carácter y bajo una luz que permite ver cuestiones muy precisas. Poseemos dos documentos muy significativos sobre la manera como Pasteur entendía la ciencia, él, uno de los más grandes entre los grandes sabios del siglo XIX. El primero, en su correspondencia con Sainte-Beuve sobre la candidatura del profesor Carlos Robin a la Academia de Ciencias; el otro, su propio discurso de recepción en la Academia Francesa y la respuesta de Renan. A Sainte-Beuve, que desea que Robin sea elegido, porque representa un adversario de las doctrinas espiritualistas, Pasteur escribe: «No me preocupa la escuela filosófica de M. Robin, sino por el mal que ella puede hacer a sus trabajos, puesto que se trata de un sabio que se encuentra aprisionado en el método experimental. Temo mucho, si él se precia de filósofo, que esto quiera decir sencillamente que es un hombre de sistema y de ideas preconcebidas y fijas.» E insistiendo: Admiro a todos nuestros grandes filósofos! Los que no lo somos tenemos la experiencia que dirige y modifica sin cesar nuestras ideas, y vemos

constantemente que la naturaleza, en sus menores manifestaciones, está hecha de manera distinta a lo que habíamos presentado. Y ellos que adivinan siempre, colocados como están detrás de ese espeso velo del principio y fin de todas las cosas, ¿cómo hacen para saber? En cuanto a él, fiel a este método experimental que descarta las hipótesis no comprobadas, fundaba su fe en el más allá, a nombre de la rebeldía del corazón ante la muerte de un sér amado, de aquello que en el fondo del alma nos dice que el mundo podría no ser un puro conjunto de fenómenos propios de un equilibrio mecánico. Esa misma aquiescencia a los argumentos que la razón no comprende, y de que hablaba Pascal, él la sostenía en la Academia Francesa como una posibilidad que admite la ciencia, la verdadera ciencia, la que había practicado toda su vida. Nada más curioso que la evidente sorpresa de Sainte-Beuve y de Renan ante esta actitud mental de un jefe de laboratorio, cuya superioridad intelectual y buena fe no podían aquéllos sospechar. Estos literatos tan inteligentes eran los engañados en el fondo, y nos damos cuenta perfecta desde lejos de esta ilusión que fue la de toda la segunda mitad del siglo XIX, que ha sido llamada el cientismo y que consiste en hacer comprender las ciencias unas en otras: la psicología en la biología, ésta en la química; la química en la mecánica, y concluir que la única explicación científica del mundo está en el movimiento atomista. Ciertamente, ni Sainte-Beuve, ni Renan, sobre todo éste último, aceptaban un conocimiento del mundo que, explicando lo superior por lo inferior, rechazara toda realidad sustancial al espíritu. Pero ni uno ni otro se atrevía a pensar de manera distinta a como pensaban los doctrinarios de la retorta y del escalpelo, transformados en metafísicos sin darse cuenta ellos mismos; pues un Carlos Robin o un

Marcelino Bertelot no advertían que se agitaban en la fantasía de la especulación más arbitraria cuando afirmaban, el uno que «el espiritualismo no podría luchar contra el espíritu del tiempo en las cosas positivas,» y el otro «que la naturaleza carece de misterios.» Comprendía, él, por esto, que los enigmas que quedan por resolver son únicamente del orden químico-físico, y justificables por los mismos métodos que los fenómenos ya observados y clasificados. Pasteur mismo reconocía este dominio inaccesible e innegable del misterio. Para él, el buen método científico residía esencialmente en la sumisión al objeto, de donde dedujo que deben aceptarse como tales, el hecho psíquico, el moral y el religioso. Otro sabio de primer orden, el profesor Grasset de Montpellier, debía desarrollar después en sus «Límites de la Geología,» idéntica tesis. La autoridad de Pasteur nos ha servido de mucho para la libertad del pensamiento.

IV

Este héroe del trabajo y de la ciencia dio asimismo ejemplo de las más altas virtudes cívicas, de las que hacen aun hoy de nuestra clase media una sólida muralla de civilización contra el empuje de la barbarie baja. La primera de estas virtudes es el amor profundo y vivo de la familia, y desde luego el tierno respeto a la autoridad paterna. Luis Pasteur fue un hijo admirable. Los fragmentos que poseemos de las cartas cruzadas entre su padre y él nos demuestran relaciones de una nobleza y de una sencillez magníficas. Nos enseñan también que el célebre químico, de una manera contraria a lo que se ha creído, no pasó de largo por el mundo. Su padre ciertamente era de condición modesta, pero suboficial del grande ejército, condecorado por Napoleón en Bar-sur-Aube, era en el pueblo de Arbois, donde

tenía una tenería, un verdadero personaje. Su casa sobre el Ciusance tenía un patio donde estaban alineados siete estanques para la preparación de las pieles. Recibía pocos amigos, pero escogidos: un Dumont, médico del hospital, un filósofo llamado Bousson de Mairet, el principal del Colegio M. Romanet, un capitán Barbier de la guardia municipal de París. Cuando estaba en vacaciones, era en este medio en donde Luis Pasteur progresaba, dirigido por su padre, cuyo valor moral se puede juzgar por frases como la que voy a citar y que dirigía a su hijo, entonces de edad de veinte años. Luis Pasteur acaba de entrar en la Escuela Normal, y para reconocer las bondades del dueño de la pensión Barbet, le ofreció dar cierto día una lección de física a los alumnos del instituto. «Estoy contento, escribióle su padre, de verte dictar lecciones en casa de M. Barbet. Se ha portado tan bien con nosotros que me ha alegrado mucho saber que le estás demostrando tu agradecimiento. Lo debes en cuanto a ti, lo debes también en cuanto a los demás. Eso lo obligará a conducirse así como lo ha hecho contigo, con algunos jóvenes estudiosos que, quizás sin él, habrían comprometido su porvenir.» Qué generosa e hidalga manera de sentir esta correspondencia del beneficio recibido y devuelto, que por el reconocimiento, aviva la llama de la caridad en el benefactor! El antiguo soldado atraviesa días penosos. Las ventas de los cueros que lleva a las ferias de Besançon no son siempre satisfactorias. El presupuesto doméstico es escaso. Las bocas que tiene que alimentar son numerosas, pero el correo le lleva las cartas de su hijo. Con él asiste a los cursos de J. B. Dumas, a las lecciones del físico PUILLET. La candidatura del químico BALARD, para el Instituto le entusiasma. Después conocerá a BIOT. Cuando éste murió en 1865, ese hijo ya célebre, lo recordaba «estudiando gramática, con la pluma en la mano co-

mentándolas.» A fin de instruirse más aquel hombre animoso estudiaba aún a los cuarenta y a los cincuenta años. Pasteur añadía: «Lo que hubo de más conmovedor en su afecto hacia mí fue que jamás tuvo nada de ambición.» Me habría visto con placer, decía, regentando el Colegio de Arbois. Sabía muy bien que es el hombre quien honra su puesto y no el puesto el que honra al hombre.

Con su madre, con su hermana, ya casado con su mujer y sus hijos, tuvo siempre, según los testimonios recogidos acerca del hijo que lloraba así a su padre, el mismo ardiente afecto, el mismo dón completo del corazón. Del mismo modo procedía con los maestros que acabo de nombrar: Dumas, Biot y Balard. En qué términos habla de ellos! Y esta deferencia para con los mayores es una de las virtudes de nuestra burguesía. Pero hay otra, de que no se debe uno reír, es la importancia dada a las manifestaciones exteriores de la estimación pública cuando son merecidas. El biógrafo de Pasteur nos lo representa, cuando la distribución de recompensas después de la exposición de 1867, subiendo las gradas del trono instalado en la gran sala del palacio de la Industria, para recibir, de manos de Napoleón III la recompensa que le había sido concedida. «Se adelantaba con la fisonomía grave, dando a este aparato el desprecio profundo que sentía por todas las cosas representativas.» En su pensamiento estaba que no era a él, a Luis Pasteur, a quien se concedía ese honor. Era a su método, a sus descubrimientos, a sus teorías. El mismo motivo le hizo tomar muy a lo serio sus candidaturas a la Academia de Ciencias, a la de Medicina y a la francesa. Burke, defendiendo la nobleza en una página tan elocuente como sagaz, pedía que no modificasen los procedimientos que la sociedad ha creado para hacer más durable la estimación fugitiva. La in-

tuición genial que Pasteur tenía de las condiciones de la vida fisiológica la tuvo también acerca de las condiciones de la vida social y su respeto por las jerarquías reconocidas, siendo él mismo tan grande, es una prueba de ello.

Era en fin—y por este rasgo también es muy nuestro—un patriota apasionado. Había sido titulado doctor en medicina de la Universidad de Bonn en 1868 en un diploma en que era calificado de *Vir clarissimus* y que estaba firmado: *Rex Guillelmus*. «Hoy, escribía el 18 de enero de 1871 al deán de la facultad de medicina de Bonn, devolviéndole el diploma, la vista de ese pergamino me es odiosa, y me siento ofendido de ver mi nombre con la calificación de *Virum clarissimum* con que le honráis, encontrarse colocado bajo los auspicios de un nombre entregado de hoy en adelante a la execración de mi patria; el del *Rex Guillelmus*.» Y no menos perspicaz en política exterior agregaba: «La conquista de Alsacia y de Lorena es una jugada en una guerra sin fin.» A lo que el deán de la facultad de medicina de Bonn, un tal Mauricio Nauman, le respondió en nombre de sus colegas, enviándole la expresión de todo su desprecio. Es bueno y saludable recordar esta grosería alemana tratándose de un francés tan grande. Es bueno y saludable recordar igualmente que éste perseveró hasta el fin en estos sentimientos. Una tentativa del gobierno alemán para reparar esta injuria, ofreciéndole una nueva distinción, lo halló inflexible; y continuando en la ejecución del programa que formulaba después de la derrota a sus discípulos Raulin, Gernez, Van Teguem, decía: «Cuán felices sois de ser jóvenes y vigorosos! Oh, que no pueda comenzar de nuevo una vida de estudio y de trabajo! Pobre Francia, patria amada, que no pueda yo contribuir a salvarte de tus desastres!» Qué añadir a este llamamiento que, desde hace más de medio

siglo y aun en las más sangrientas de las victorias, es como una voz de mando que nos transmite el genial sabio cuyo centenario celebramos. El más piadoso de los homenajes que se puede rendir a hombre tan grande es el procurar imitarlo, si no en su genio—lo que no es posible—sí en lo que constituye el fondo mismo de su sér, el corazón de su corazón: el amor al traje, al pensamiento, a la familia y a la patria.

PAUL BOURGUET

EL TREN

I

Van a venir dos amigos míos, y hace falta espacio; y las cestas no van en el sitio de las personas.

—Verdá es que no van.

—Pues entonces no sé por qué se niega a quitar ésa. Póngala arriba, si cabe.

—No la pongo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Vaya, amigo, basta de consideraciones; ¿quiere usted quitar la cesta o no?

—Que no señor, que no me da la gana.

—¡Mire usted que llamo al jefe de la estación!

—¿Y a mi qué m'importa? de hombre a hombre no va nada; llámelo usted.

—¿Quita usted la cesta?

—Paice mentira que lleve usted corbata.

—¿Qué tiene que ver?

—Sí, señor, que tiene; porque que no entienda ni tenga prencipios, ni se haga cargo de lo que l'hicen un cualquiera, un focín del campo, toavía pué ocurrir.